

CAPITULO LXXVII.

Un caballero y una dama.



QUIEN vá? preguntó Aldonza, asomándose á la ventana.

-- Abrid.

--¿Quién sois?

--Un caballero á quien esperan en esta casa.

--¿El capitan Pánfilo de Narvaez?

--El mismo.

Hubo un momento de pausa.

Poco despues llegó Aldonza con una luz á la puerta, la abrió, y apénas estuvo dentro:

--Perdonad, señor, le dijo, mi ama no os ha llamado; he sido yo, que soy su leal servidora, que he sabido que la habiais injuriado en público, y he querido proporcionarle una ocasion para vengarse de vos.

Sé que se va á ofender por el paso que he dado, que va á reñirme, y acaso va á alejarme de su lado.

Nada me importa.

He creido cumplir con un deber.

--¿Y me habeis sacado de mi casa para esto? preguntó aparentando furor, el capitan. Os perdono, y adios.

Hizo ademan de partir, y Aldonza, alzando la voz:

--No os vayais, os lo ruego.

Apénas concluyó de pronunciar la frase:

--¿Qué sucede, qué pasa? preguntó Blanca desde arriba.

Pánfilo de Narvaez se adelantó, y subiendo las escaleras procedido de Aldonza:

--Perdonadme, señora, dijo; vuestra camarera ha cometido una imprudencia, y esa es la causa de que yo esté aquí.

Aldonza cayó de rodillas ante su ama.

--¿Qué es esto? exclamó á su vez Blanca, desempeñando la comedia á las mil maravillas.

--Esté hidalgo es el que os ha ofendido, exclamó Aldonza, y he querido que os diera una satisfaccion.

--¡Oh! Caballero, dijo Blanca. Perdonad á esta jóven y marchaos. En cuanto á tí, recibirás tu merecido. Adios, capitan, adios.

--Ya que he venido, señora, concededme un instante de audiencia.

--Me es imposible.

--Os lo suplico.

--Soy casada.

--¿Qué importa? Yo no vengo á ofenderos.

--No es costumbre á estas horas recibir á nadie.

--He cometido una falta contra vos, y necesito daros explicaciones.

--Vos sois dueño de pensar de mí lo que querais; pero no puedo consencir que haya un hombre en mi casa á estas horas. Si os vieran salir...

--No temais; á estas horas todo el mundo duerme en Santiago de Cuba. Yo os juro, por mi fe de caballero, hacerme digno de vuestra benevolencia.

--Si es así, pasad adelante.

Y le condujo á un estrado, en donde durante algunos minutos permanecieron silenciosos los dos.

Dos palmadas que se escucharon en la calle, obligaron á Aldonza á bajar á la ventana.

Mientras el capitán y su ama hablaban, Iñigo y Aldonza entretenían el tiempo en amante coloquio.

Al cabo de una pausa bastante prolongada:

—Creo que hubiera hecho muy bien en obedeceros, dijo Pánfilo de Narvaez á Blanca; alejándome como deseabais hace poco, no me veria en la apurada situación en que me veo. Desengañadme pronto, porque solo así, siendo vuestra víctima, podré alcanzar á vuestros ojos la estimación que al veros de cerca deseo encontrar.

—Hartos motivos tengo, dijo Blanca, para quejarme de vuestra conducta. Pero os han engañado si os han dicho que las palabras que habeis proferido para rebajar mi belleza han podido ofenderme.

—En ese caso, ¿no aceptais mis excusas?

—Sí tal; ¿me creéis tan presumida que me haya figurado que es un deber en todos los caballeros brindar galanterías á mi persona?

Eso sí que no os lo perdonaria si lo hubiérais supuesto.

Por lo demas, habeis llegado á este país, habeis tenido ocasión de verme, y os han ponderado mi belleza.

Vos, que llegabais de la madre patria, en donde hay mujeres tan encantadoras, habeis hablado con ingenuidad, habeis dicho que no merezco los elogios que me tributan, y estais en vuestro derecho.

Y si quereis que os diga la verdad, las mujeres somos así: me agradais más desde que sé la opinión poco favorable que os merezco, que si hubierais venido á aumentar el número de los que desean lisonjear mi vanidad.

Estas palabras hicieron á Pánfilo de Narvaez fijar una mirada encantadora en Blanca.

—Si no temiera ser vulgar, os diria que al hablar como hablé, cometí una solemne injusticia.

—Vais á echarlo á perder, si continuais por ese camino.

—Oídmeme, señora: creo que vuestra camarera ha hecho muy bien en mandarme llamar; los dos hemos nacido para ser amigos.

—Tal he pensado.

—Yo soy franco, leal.

—Por esa razón me agradais.

—No me parezco en nada á los demas hombres, que se creen en el deber, apenas ven á una mujer, á colmarla de obligadas y vulgares galanterías.

La única cosa que me horroriza es dar lugar á que una dama diga de mí que soy un galán.

Siempre he pensado así, y esta es la causa de que las mujeres me hayan tenido por descortés ó tímido, de que me hayan abandonado, y de que yo viva en completa guerra con ellas.

—Segun eso, ¿no habeis amado nunca? interrumpió doña Blanca.

—He amado un ideal, le he acariciado con mi imaginación desde los primeros años de mi vida; pero francamente, al querer humanizarle, ó he encontrado el desengaño, ó le he temido y me he retirado á tiempo.

—Soy muy curiosa. ¿Quereis decirme cuál es vuestro ideal?

—Voy á hablaros como quizás no os ha hablado hasta ahora ningun hombre.

—Eso es lo que deseo, repuso doña Blanca.

Pánfilo de Narvaez continuó despues de una pausa:

—¿Creéis que el que ama verdaderamente á una mujer puede tener, al hallarse en su presencia, calma bastante para pedir á su imaginación ó á su memoria flores retóricas que regalarla?

—¿Y por qué no?

—Porque el amor verdadero no tiene en el mundo palabras para expresarse, porque el hombre que ama á una mujer con toda su alma, que está verdaderamente apasionado de ella, no encuentra qué decir. Todas las frases que le ocurren le parecen mezquinas para pintar la grandeza de sus sentimientos; y cuando

más, solo tiene valor para fijar una penetrante mirada en la mujer que le inspira tan vehemente cariño, y decirla con el fuego de sus ojos la felicidad que le brinda su amor y el que en cambio puede brindarle.

--Teniais razon al decir hace poco que ibais á hablarme como nadie me ha hablado. En efecto; yo creo que el amor es así.

--¿Qué es sino un juego el lenguaje de la galantería? continuó Pánfilo de Narvaez.

Yo os aseguro que si hubiera encontrado en el mundo una mujer que hubiera podido comprenderme, hubiera sido tan amante que la hubiera consagrado por completo toda mi vida; tan celoso que hasta hubiera tenido celos de la brisa que besara su frente.

Hubiera abandonado todo, posicion, gloria, honores, para vivir de su voluntad.

Por proporcionarle un instante de placer, hubiera dado toda una existencia de dolor.

¿Creeis sinceramente, y perdonadme mi franqueza, que hay en el mundo una mujer que merezca este sacrificio de un hombre?

--¿Y por qué no?

--Porque las mujeres son volubles, inconstantes.

--No todas.

--Porque se pagan más de los que halagan su vanidad que de los que brindan en el misterio una felicidad suprema á sus más dulces esperanzas.

--Os digc que nó todas piensan así, dijo doña Blanca.

--Desgraciadamente todas las mujeres que he hallado en mi camino han sido coma las pinto, repuso el capitán.

He ahí por qué huyo de todas.

He ahí por qué guardo mi corazon, más que de las balas enemigas, de los ojos seductores de una mujer.

He ahí por qué al ver á las que me parecen más bellas, me digo á mí mismo y á los que me rodean, y emito en público una

opinion contraria á su hermosura, para no incurrir en la debilidad de amarlas; porque tengo amor propio, y sé que ántes preferiria morir, que dar mi brazo á torcer, variando de modo de pensar despues de haber formulado mi juicio.

Estas declaraciones ofendieron á Blanca.

--Segun eso, exclamó, ¿habeis temido amarme al hablar mal de mí?

--¿Quereis que os hable con sinceridad? interrogó Pánfilo de Narvaez.

--Sí.

--Pues bien; os he temido, y me he temido.

--Ese es un modo como otro cualquiera de decirme una lisonja.

--Vais á obligarme á ser más franco.

--¿Quereis que me anticipe yo?

--Hablad.

--Pues bien, dijo doña Blanca; todo lo que me habeis dicho es tan nuevo para mí, me sorprende tanto, me hace pensar de tal manera, que ya os perdono vuestra venida; acepto el ofrecimiento de vuestra amistad, y estoy dispuesta á ser con vos más franca que con nadie, que conmigo misma. ¿Por qué habeis hablado mal de mí?

--Ya os lo he dicho.

Sois demasiado bella, demasiado seductora para no temeros.

--Y aun suponiendo que hubiera yo podido inspirar algun afecto, dijo Blanca, ¿habriais perdido algo por eso?

--Mucho.

--Explicaos.

--Habria perdido los años de mi vida, que he consagrado á defenderme de los achaques de amor.

No soy rico; pero gracias ó Dios, pertenezco á una familia de noble alcurnia.

Hubiera podido, de parecerme á los demas hombres, hallar buen acomodo en España.

He preferido venir á las Indias, ser esclavo de mi ambicion de gloria, para que esta pasion sea la única que lleve en mi alma. Y creedme; todos mis planes se habrian desbaratado, si al veros no hubiera pensado que podiais dominarme; pero que no me convenia que me dominarais.

Blanca quedó un instante meditabunda.

—¿Estais pensando mal de mí? dijo Pánfilo.

—No tal.

—Estais diciéndoos: "¿Qué hombre es éste que me habla con tanta rudeza?"

—Pues bien; sí.

—Aun no os he dicho todo lo que siento; pero estoy seguro que si os lo dijera, me rechazariais de vuestro lado, me calificaríais de imprudente, y hasta de grosero; y yo no quiero reñir con vos. Es tarde, y os dejo.

—Hablad, yo os lo ruego.....

—Volveré, si me lo permitís.

Blanca reflexionó un instante.

—No, no, le dijo, alejaos para siempre.

—Temeis acaso.....

—No á vos.

Y llamaado á su camarera:

—Conduce á este caballero hasta la puerta, dijo á Aldonza.

—Me resigno y obedezco.

Pánfilo de Narvaez abandonó con majestuosa calma la habitacion; y no bien salió de la puerta, Blanca, que hasta entónces habia estado conteniéndose, se echó á llorar.

Primero lloró de rabia.

Despues de pena.

Cuando volvió Aldonza y la encontró de aquella suerte:

—¿Qué teneis, señora? la preguntó.

—En mal hora he conocido á ese hombre.

—¿Le amais?

—No; quiero odiarle, y le odiaré.

Aldonza se retiró diciendo:

—Eso es lo que debiamos hacer con todos los hombres; pero somos débiles.

CAPITULO LXXVIII.

El despecho.

AL dia siguiente, cuando fué Velazquez á ver á Blanca, la halló muy encendida.

—¿Qué teneis, cielo mio? le dijo.

—Nada.

—Ese rostro revela alguna pena.

—Soy muy feliz.

—Permitidme que lo dude. Cualquiera diria que habeis llorado.

—Pues bien, sí; he llorado de rabia.

—¿Por qué?

—Porque me he convencido de que no me amais. Diego de Velazquez la miró sorprendido.

—¿Es posible? ¿Habeis pensado en eso? preguntó con energía.

—¿Os complace mi pena?

—Sí; porque al mismo tiempo que me mostrais la herida, me asegurais que tengo en mi alma los medios de curarla. Vamos á ver cuál es la causa de vuestro dolor.

—Hace ya muchos dias, dijo doña Blanca, que me habeis confiado que uno de los capitanes que forman vuestra cohorte me ha insultado, y todavía no sé que le hayais impuesto ningun castigo.

—Ya os he dicho que desde entónces es el hombre á quien más estimo, porque es el que me inspira más confianza.

—Pues yo quiero que le alejeis de Santiago de Cuba.

—Tengo una excelente ocasion de complaceros. Estoy ha-

ciendo los preparativos de una expedición para someter á Hernan Cortés. Le daré el mando de un navío.

Al oír esto Blanca, se arrepintió del paso que habia dado.

No queria ir tan léjos.

Procuró mudar de conversacion, y despues de mostrarse muy complaciente, muy solícita con Velazquez:

—Ya sabeis que no soy mala, le dijo; estoy arrepentida de haberos irritado contra el capitan Narvaez. Olvidad mi rencor, y dejadle que viva como quiera en Santiago de Cuba.

—No tal, contestó Velazquez; repito que es un hombre necesario en la expedicion.

—Haced lo que querais, dijo Blanca, prometiéndose emplear su influencia para evitar que se alejase aquel hombre, á quien queria odiar, y á quien, sin embargo, amaba.

Trascurrieron ocho dias en los cuales no hizo Blanca más que pensar en el capitan.

No veia una sola vez á Velazquez sin que le hablase de él.

—Pero ¿quién es ese hombre? preguntaba unas veces.

—¿De dónde ha venido? exclamaba otras.

—¿Qué carácter tiene!

—Apénas sale á la calle.

—No se le vé en ninguna parte.

Tanto hablaba de él, que Velazquez llegó á ponerse en guardia. Iñigo, que no dejaba de trabajar en favor de su amo, simulando dar una prueba de confianza á Aldonza, le refirió los proyectos que en su opinion abrigaba su amo.

Blanca hablaba del capitan con Aldonza á todas horas.

—Debeis despreciarle, le dijo un dia su camarera; es un ambicioso. ¿Cuál creereis que es hoy el único pensamiento que absorbe su imaginacion?

—¿Cuál? preguntó con avidez Blanca.

—Desea mandar la expedicion que va á salir en breve para someter á la obediencia á Hernan Cortés.

CAPITULO LXXVIII.

El despecho.

- A**L dia siguiente, cuando fué Velazquez á ver á Blanca, la halló muy encendida.
- ¿Qué teneis, cielo mio? le dijo.
- Nada.
- Ese rostro revela alguna pena.
- Soy muy feliz.
- Permitidme que lo dude. Cualquiera diria que habeis llorado.
- Pues bien, sí; he llorado de rabia.
- ¿Por qué?
- Porque me he convencido de que no me amais. Diego de Velazquez la miró sorprendido.
- ¿Es posible? ¿Habeis pensado en eso? preguntó con energía.
- ¿Os complace mi pena?
- Sí; porque al mismo tiempo que me mostrais la herida, me asegurais que tengo en mi alma los medios de curarla. Vamos á ver cuál es la causa de vuestro dolor.
- Hace ya muchos dias, dijo doña Blanca, que me habeis confiado que uno de los capitanes que forman vuestra cohorte me ha insultado, y todavía no sé que le hayais impuesto ningun castigo.
- Ya os he dicho que desde entónces es el hombre á quien más estimo, porque es el que me inspira más confianza.
- Pues yo quiero que le alejeis de Santiago de Cuba.
- Tengo una excelente ocasion de complaceros. Estoy ha-

ciendo los preparativos de una expedición para someter á Hernan Cortés. Le daré el mando de un navío.

Al oír esto Blanca, se arrepintió del paso que habia dado.

No queria ir tan léjos.

Procuró mudar de conversacion, y despues de mostrarse muy complaciente, muy solícita con Velazquez:

—Ya sabeis que no soy mala, le dijo; estoy arrepentida de haberos irritado contra el capitan Narvaez. Olvidad mi rencor, y dejadle que viva como quiera en Santiago de Cuba.

—No tal, contestó Velazquez; repito que es un hombre necesario en la expedicion.

—Haced lo que querais, dijo Blanca, prometiéndose emplear su influencia para evitar que se alejase aquel hombre, á quien queria odiar, y á quien, sin embargo, amaba.

Trascurrieron ocho dias en los cuales no hizo Blanca más que pensar en el capitan.

No veia una sola vez á Velazquez sin que le hablase de él.

—Pero ¿quién es ese hombre? preguntaba unas veces.

—¿De dónde ha venido? exclamaba otras.

—¿Qué carácter tiene!

—Apénas sale á la calle.

—No se le vé en ninguna parte.

Tanto hablaba de él, que Velazquez llegó á ponerse en guardia.

Iñigo, que no dejaba de trabajar en favor de su amo, simulando dar una prueba de confianza á Aldonza, le refirió los proyectos que en su opinion abrigaba su amo.

Blanca hablaba del capitan con Aldonza á todas horas.

—Debeis despreciarle, le dijo un dia su camarera; es un ambicioso. ¿Cuál creereis que es hoy el único pensamiento que absorbe su imaginacion?

—¿Cuál? preguntó con avidez Blanca.

—Desea mandar la expedicion que va á salir en breve para someter á la obediencia á Hernan Cortés.